

zarlo! ¡Cuántos de entre los mismos católicos se elevan á una comprensión más distinta y más completa de la verdad religiosa. Los grandes principios del derecho público cristiano se desprenden de las incertidumbres y obscuridades de la controversia, y los hechos mismos que más nos contristan, vienen á darles una brillante confirmación. La Iglesia es más conocida y por esto más amada y más ardientemente defendida. El nivel de la piedad se eleva sensiblemente en el mundo católico: la unidad litúrgica está en vísperas de consumarse, las asociaciones de oración, las obras de propaganda y de caridad se extienden y multiplican, los corazones, en fin, sienten hambre y sed de amor y de verdad.

«Este trabajo de las almas viene á activar Mgr. Gaume, abriéndoles los tesoros de la enseñanza católica para que acudan á saciarse. ¿Cuáles son los Frutos del Espíritu Santo, sus Dones, sus Beatitudes? ¿Cuál es la naturaleza íntima de este antagonismo entre la gracia y el pecado, que se perpetúa á través de la vida humana? Tales son los grandes problemas que el eminente teólogo resuelve con una ciencia pura y segura, que sin perder nada de la precisión dogmática, sin variar su lenguaje con un estilo ricamente luminoso, se pone al alcance de todos.

«Del hombre individual se eleva Mgr. Gaume al estudio de la existencia colectiva de la humanidad. Las mismas cuestiones reaparecen, pero aumentadas en grandeza y profundidad. ¿Cuál es la intervención del Espíritu Santo en el gobierno del mundo? ¿Cuál es su participación en el ministerio de la redención? ¿Cuál es la naturaleza, cuáles los efectos de la asistencia que presta á la Iglesia? ¿Cuál es el origen y la organización de esas dos ciudades, la ciudad del Bien y la ciudad del Mal, cuya lucha no se prolonga á través de los siglos? ¿Qué fases presenta esa lucha en el pasado, y en el presente? ¿Qué se puede presagiar para lo porvenir?

«Vasto es ese cuadro, como se vé, sin embargo, no hemos podido trazar sino algunos de sus grandes rasgos. ¿Qué sería si pudiéramos indicar todas las cuestiones, que vienen á agruparse na-

turalmente en torno de estas cuestiones madres, y que hacen del libro de Mgr. Gaume una especie de Enciclopedia del mundo sobrenatural? Buscad en esta obra la teoría cristiana sobre la libertad, ahí la encontrareis resumida en algunos renglones de Santo Tomás. Quereis conocer la doctrina católica sobre la gracia? Abrid el *Tratado del Espíritu Santo*: ahí la teneis desenvuelta en todo su esplendor. ¿Deseais ilustraros sumariamente acerca de las aberraciones del espíritu contemporáneo. Un capítulo consagrado á esta grave materia os dará una solución categórica y segura. . . .

«¿Diremos que las formas literarias del *Tratado del Espíritu Santo* corresponden á la riqueza de su fondo? Ciertos críticos severos reprendieron en Mgr. Gaume algunas negligencias de estilo. Creemos que la nueva obra del eminente escritor se librará de esta censura. Su lenguaje es brillante, enérgico y preciso. Nada de aplicaciones retóricas, es verdad, y por ello felicitamos al autor; pero en cambio, ¡qué de bellezas majestuosas y severas, y frecuentemente, qué alta poesía aromatizada de no sé qué suave perfume bíblico! Para hacerlo con fruto, el *Tratado del Espíritu Santo* debe leerse con calma y concienzudamente; y sin embargo, la primera vez que se lee, atrae tanto, abre tales horizontes, que no puede uno menos de seguir leyendo sin descanso ni fatiga; y cuando se han recorrido estas páginas, tan ricas en originalidad y belleza, entonces es cuando el lector se siente obligado á volver sobre sus pasos y á detenerse para saborear cada pasaje.

«El *Tratado del Espíritu Santo* lleva este epígrafe, que expresa bien la piadosa tristeza que experimentaba el autor al tomar la pluma: «*Ignoto Deo, al Dios desconocido.*» ¡Ojalá que muy pronto esta inscripción no sea ya una verdad! El eminente publicista quedaria bien recompensado, si pudiera retirarla en las nuevas ediciones que se hagan de su libro. Sea de esto lo que quiera, y entretanto que se realice ese voto, desde hoy Mgr. Gaume ha recibido aquella recompensa cuyo alto precio solamente los escritores católicos conceden: á los piés de su crucifijo

oye sin duda este consolador testimonio: *Bene scripsisti de me.*"

(*El Bien Público* de Gante).

.....
 "Mgr. Gaume es conocido de los lectores de esta Revista, como quien ocupa un lugar distinguido en esta falange (*acies ordinata*) de escritores católicos, que han consagrado al servicio de la Iglesia su corazón y su pluma. Y no hay que buscarle en el centro, en la vanguardia es donde siempre se le encuentra; Mgr. Gaume es uno de esos espíritus eminentes, de la clase de los Maestros, que marcan el camino y se anticipan á los tiempos. Sin hablar de su estilo neto y preciso, ni del atractivo é interés que sabe dar á todas sus obras, diremos, que su gran mérito consiste, en ser profunda y exclusivamente católico, y que esta es la verdadera causa que le hace ver tan lejos y con tanto tino.

"Despegado de todas las preocupaciones del siglo, podría decir: como San Pablo, que no conoce sino á Jesús, y este crucificado los paños calientes, los acomodamientos, las medias tintas, los paliativos son para él de modo alguno; él va derecho al objeto, y mientras otros gustan de explicar un efecto por otro efecto, sistema que en definitiva, no explica nada y rehuye la dificultad, él se remonta á la causa de las cosas y pide á la Teología católica la verdadera luz que ilumina la historia de la humanidad.

"Conforme á este método ha escrito su libro, *Tratado del Espíritu Santo*, obra que recuerda por la elevación de sus puntos de vista y por su bellísimo desarrollo, el magnífico libro *De la Ciudad de Dios* de San Agustín.

"..... qui-éramos que acerca de esta obra de Mgr. Gaume, una voz interior viniera á repetir á cada alma fiel aquellas palabras, que tan dulce recuerdo despertarán en el corazón de San Agustín: *Tolle lege, toma y lee.*"

(*La Revista Católica* de Troyes).

INTRODUCCION.

I.

Esta obra tiene por objeto, hacer que sea conocida, en cuanto de nosotros dependa, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad en sí misma y en sus obras. Varios son los motivos que nos han determinado á emprenderla.

El primero es, *la gloria del Espíritu Santo*. Siendo Dios la caridad por esencia, (1) todas sus obras son amor. Crear, es amar; conservar, es amar; redimir, es amar; santificar, es amar; glorificar, es amar. Ahora bien, el Espíritu Santo es el amor consustancial del Padre y del Hijo; luego está en todas sus obras. Por El, las otras dos Personas de la augusta Trinidad se ponen, digámoslo así, en contacto con el mundo: De aquí esta palabra de Santo Tomás: "Procediendo con amor, el Espíritu Santo es el primer Don de Dios." (2) Y estas otras de San Basilio: "Todo cuanto poseen las crea-

1. Deus charitas est. 1.—Joan. VI, 16.

2. Cum Spiritus Sanctus procedat ut amor, procedit ratione primi doni. p. 1. q. XXXVIII. art. 2, corp.

turas del cielo y de la tierra, en el orden de la naturaleza lo mismo que en el de la gracia, les viene del Espíritu Santo." (1)

¿No parece que este divino Espíritu debería, en justo retorno, ocupar el primer lugar en nuestros pensamientos y en nuestro agradecimiento? Y sin embargo, por un extraño desorden, nadie, ó casi nadie, se acuerda de El.

Se conoce al Padre, se le respeta, se le ama. ¿Y podría ser de otra suerte? Sus obras son palpables y siempre presentes á los ojos del cuerpo. Las magnificencias de los cie'los, la riqueza de la tierra, la inmensidad del Océano, el rugido de las ondas, el retumbar del trueno, la armonía maravillosa que reina en todas las partes del universo, atestiguan incesantemente con una elocuencia que todos entienden, la existencia, la sabiduría y el poder de Dios Padre y conservador de todo lo que existe.

Se conoce al Hijo, se le respeta, se le ama. No menos numerosos que los del padre, ni menos elocuentes, son los predicadores que hablan de El. La historia tan encantadora de su nacimiento, de su vida y de su muerte; la cruz, los templos, las estatuas, los cuadros, el sacrificio del altar, las festividades, hacen populares los diferentes misterios de sus humillaciones, de su amor y de su gloria. En fin, la Eucaristía, que le tiene personalmente presente en los tabernáculos, hace gravitar hácia El toda la vida del católico, desde la cuna hasta la tumba.

¿Sucede lo mismo con el Espíritu Santo? sus obras *propias* no son sensibles como las del Padre y las del Hijo. La santificación que opera en nuestras almas, la vida que difunde por todas partes, no están al alcance del ojo, ni del

1. Neque enim est ullum omnino donum absque Spiritu Sancto ad creaturam perveniens.- Lib. de Spir. Sanct., cap. XXIX.

tacto. No se ha encarnado como el Hijo; ni como este, ha habitado, bajo la forma de hombre, entre los hijos de Adán. Tres veces solamente se ha mostrado bajo un emblema sensible, aunque pasajero; paloma en el Jordan, nube luminosa en el Thabór, lenguas de fuego en el Cenáculo. Para representarlo, las artes no tienen, como respecto de Nuestro Señor Jesucristo, la facultad de variar sus imágenes. Dos símbolos: hé ahí todos los medios plásticos, de que dispone la piedad para hacer ostensibles su existencia y sus beneficios (1).

Y así, ¿qué conocimiento se tiene del Espíritu Santo en el mundo actual, y aún entre los cristianos? Dónde están los votos que se le hacen, el culto que se le da, la confianza y el amor que se le significa, la manifestación seria y constante de la necesidad continua que tenemos de su asistencia? Su nombre mismo, que pronunciamos al persignarnos, ¿despierta los mismos sentimientos que los del Padre y del Hijo? Da tristeza decirlo, pero es una verdad, que la tercera Persona de la Trinidad en el orden nominal, el Espíritu Santo, es también la última en ser conocida y reverenciada por la mayor parte de los cristianos. Este olvidado culpable forma, si así puede decirse, el Calvario del Espíritu Santo.

Pues si la pasión de la segunda Persona de la adorable Trinidad conmueve al cristiano hasta en lo más profundo de

1. Sabido es que la Iglesia tiene prohibido representar al Espíritu Santo de otra manera que bajo la forma de una paloma, ó la de lenguas de fuego. "Spiritus Sancti imagines sub humana juvenis forma damnantur et prohibentur. . . . Spiritus Sancti temen imagines in forma columbæ approbantur et permittuntur. Item in figura linguarum ignis uti representatur mysterium Pentecostes." —Benedict. XIV, Bull. Sollicitudinis, § 10, 16, 21.

su ser, ¿cómo ver con sangre fría la *pasión* de la tercera? No sufre el mismo abandono, el mismo desprecio y frecuentemente las mismas blasfemias! ¿No os parece escuchar de la boca del Espíritu Divino aquella queja que con moribundo labio exhala el Hombre de los dolores: "He estado esperando quien quisiera compartir mis penas, y no ha habido ninguno, ó quien me consolara, y no he podido encontrar (1)."

Consolar al Espíritu Santo ó por lo menos, como Simón de Cyrene lo hizo con el Verbo encarnado, aydarle á llevar su Cruz; ¡bella misión ciertamente! (2) Pero las débiles criaturas, ¿qué medio tienen para cumplirla? Emplear toda la actividad de su vida en glorificar á esta adorable y amabilísima Persona de la augusta Trinidad. ¿Y cómo glorificarla? Cambiando, respecto de ella, la ignorancia en conocimiento, el olvido en tierna memoria, la ingratitud en reconocimiento y amor, la rebelión en adoración y devoción sin límites. Inútil es decirlo. Tal empresa es de todo punto superior á nues-

1. Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; et qui consolaretur, et non invenit. — Ps. XLV, 21.

2. Sin duda el Espíritu Santo, siendo Dios, no sufre, no puede sufrir; pero si fuera capaz de dolor, las ofensas de que es objeto, sobre todo en nuestros días, le harían experimentar una especie de martirio. Las palabras *Calvario* y *Pasión* no son sino metáforas justificadas por el uso. Al ver los crímenes de los hombres antediluvianos, ¿no decía Dios mismo que le traspasaban el corazón: *Tactu dolore cordis intrinsecus?* ¿No dice S. Pablo, que los pecadores crucifican de nuevo al Hijo de Dios, *Rursum crucifigentes Filium Dei?* ¿San Agustín, no habla de la flagelación de la palabra de Dios: *Ingeminantur flagella Christo, quia flagelatur sermo ipsius, &c?* Tract. in Joán — Si, pues, las palabras *dolor*, *crucifixión*, *flagelación* pueden aplicarse á cosas ó seres impasibles ó puramente espirituales, ¿por qué habría de ser inexacto emplear, en el mismo sentido, las voces *Calvario* y *Pasión*, hablando del Espíritu Santo?

tras fuerzas. Por eso, no tanto nos proponemos realizarla, cuanto indicarla.

II.

El segundo motivo, consecuencia del primero, es el *beneficio del clero*. A él es á quien toca la misión de hacer conocer la tercera Persona de la adorable Trinidad. Pero desde luego se le presenta una grave dificultad: la escasez de fuentes doctrinales. ¡Cuántas veces hemos oído á nuestros venerables hermanos en el Sacerdocio quejarse de la falta de obras sobre el Espíritu Santo! Las quejas no son sino muy fundadas. Por una parte, ¿dónde hay un Tratado del Espíritu Santo que se haya publicado desde hace muchos siglos? Hablamos de un tratado particular, y aunque sea poco completo. Por otra parte, ¿á qué se reduce en lo tocante á este dogma fundamental, la enseñanza de los teólogos clásicos, únicos casi que se estudian? A algunas páginas del tratado de la Trinidad, del Símbolo y de los Sacramentos; y por confesión de todos, las nociones que contienen, son insuficientes. En cuanto á los catecismos, necesariamente mucho más compendiosos que las obras elementales de Teología, casi todos se contentan con definir. No se puede negar, que desde hace mucho tiempo, por lo ménos en Francia, la enseñanza relativa al Espíritu Santo deja mucho que desear. ¿Se querrá creer que entre los sermones de Bossuet no hay ni siquiera uno sobre el Espíritu Santo; ninguno tampoco en Masillon, y uno solo en Bourdalaue?

El medio de llenar tan lamentable laguna, es recurrir á los Padres de la Iglesia y á los grandes teólogos de la Edad Media. ¿Pero quién tiene tiempo ni medios para entregarse á este estudio? De aquí le resulta al presbítero celoso una extrema dificultad, sea para instruirse él mismo, sea

para preparar los jóvenes para la Confirmación, sea para dar á los fieles un conocimiento sério de Aquel, sin cuyo auxilio nadie puede nada en el orden de la salud, ni siquiera pronunciar el nombre de su Salvador (1).

La instruccion de la primera edad se reduce á algunos detalles muy cortos y bastante abstractos, que fijan en la memoria nombres, más que ideas. En la época solemne de la Confirmación, verdad es, las explicaciones se hacen con alguna más extension. Mas por una parte, la primera comunión absorbe la atención de los niños, y por otra, se continúa trabajando en el terreno de las abstracciones. El Espíritu Santo no toma cuerpo, bajo la palabra del catequista, revelándose por una serie de hechos brillantes. A falta de recursos para hablar como conviene, de la persona y de las obras del Espíritu Santo, se pasa á sus dones.

Pero estos dones, puramente interiores, no son accesibles ni á la imaginación, ni á los sentidos. Grande es la dificultad de hacerlos conocer; más grande todavía la de hacerlos apreciar. En la enseñanza ordinaria, no son explicados claramente, ni en su aplicación á los actos de la vida, ni en su oposición á los siete pecados capitales, ni en su encadenamiento necesario para la deificación del hombre, ni como la coronación del edificio de la salud. Así, la experiencia lo enseña, de todas las partes de la doctrina cristiana, los dones del Espíritu Santo, son tal vez, la menos comprendida y estimada. Suministrar los medios de evitar este grave inconveniente es, á nuestro juicio, si no un deber, por lo ménos un servicio, cuya importancia el ejercicio del ministerio nos ha enseñado á apreciarla.

1. Et nemo potest dicere: Dominus Jesus nisi in Spiritu Sancto I Cor., XIII. 3.

III.

El tercer motivo es, *la necesidad de los fieles*. Cuanto más difícil es hablar como conviene del Espíritu Santo, más parece que se deberían multiplicar las instrucciones sobre este dogma fundamental. No hacerlo, y tener en cierto modo al Espíritu Santo en la sombra, mientras se hacen esfuerzos para poner de relieve todas las demás verdades de la religión, ¿no es esto una anomalía, una desdicha, una falta? ¿No es ir manifiestamente en contra de la enseñanza de la fé, contra las recomendaciones de la Escritura, contra la conducta de los Padres, contra la intención de la Iglesia, y contra nuestro propio interés?

¿Hemos pensado bien, que colocados entre dos eternidades, todos nosotros sacerdotes y seglares, so pena de caer, al morir, en los braseros eternos del infierno, tenemos precisión de subir á aquellos tronos brillantes, que nos están preparados en el cielo? ¿Hemos pensado bien, que para llegar allá, necesitamos convertirnos por la perfección de nuestras virtudes, en imágenes perfectamente semejantes, de la Santísima Trinidad? ¿Hemos pensado bien, que entre estas virtudes y nuestra flaqueza media lo infinito? ¿Hemos pensado bien, que sin la ayuda del Espíritu Santo, nos es imposible, no solamente llegar á la perfección de ninguna virtud, sino aun cumplir meritoriamente el primer acto de la vida cristiana? (1).

Y sin embargo, de la penuria doctrinal del sacerdote resulta que sea insuficiente y rara la instrucción sobre el Espíritu Santo. Los cristianos reflexivos se extrañan y se afligen de esto. Con palabras que se nos permitirá citar en

1. Et nemo potest dicere: Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto. I Cor., XIII. 3.

la misma forma que han ofendido nuestros oídos, preguntan si el Espíritu Santo ha sido *destituido*, puesto que no se habla de Él. Aunque fundadas en razones diferentes, las quejas de los fieles son tan legítimas como las del clero. Exigen que se satisfaga una necesidad, de que muchos no saben dar la razón exacta, pero que no por eso es menos real. Queremos hablar de la tendencia invencible, que todo hombre que viene á este mundo experimenta, y es la que le induce á desarrollarse en Dios: *anima naturaliter christiana*.

El alma, imagen activa de Aquel que es amor, aspira á hacerse semejante. Y como, según la fé nos enseña, el Espíritu Santo es el amor mismo, el amor consustancial del Padre y del Hijo, resulta de ahí, que sin el conocimiento serio del Espíritu Santo, y por consiguiente, de la gracia y de sus operaciones, el principio de vida divina, depositado en nosotros por el Bautismo, se encuentra paralizado ó contrariado en su desarrollo, y el cristiano, sufre, vegeta, languidece y difícilmente llega á la verdad de la vida sobrenatural. Para subir á lo alto de la escala de Jacob, hay que comenzar por conocer los peldaños.

Estas observaciones se refieren á los buenos cristianos, de los cuales una gran parte, á pesar de su instrucción, casi podrían decir lo que en otra ocasión los neófitos de Efeso: "Si hay un Espíritu Santo, no hemos oído hablar de Él, le conocemos muy poco, y le invocamos menos todavía" (1).

¿Qué diremos de esas muchedumbres sin número que pululan en las ciudades ó pueblan las campiñas? Sin otra instrucción religiosa que las instrucciones catequísticas,

1. Sed neque si Spiritus Sanctus est, audivimus. Act. XIX, 2.

forzosamente muy imperfectas y siempre demasiado pronto olvidadas, ¿qué pensáis será para ellas el Espíritu Santo? No temeremos decirlo: es el Dios desconocido, cuyo solitario altar encontró San Pablo cuando entró en Atenas. Si han conservado algunas nociones de los principales misterios de la fé, la experiencia enseña, que respecto del Espíritu Santo, de su influencia necesaria, del encadenamiento y del objeto final de sus operaciones sucesivas, viven en una ignorancia casi completa. Esas muchedumbres, nadie lo negará forman la inmensa mayoría de las naciones actuales. Tal es el sentido en que se encuentra tristemente justificado el epígrafe de esta obra: Al Dios desconocido: *Ignoto Deo.*" (1)

Si el conocimiento imperfecto del Espíritu Santo es un

1. *Ignoto Deo.* "Cualquiera sabe—se nos ha dicho— en qué sentido tomó San Pablo estas palabras. Esa manera de presentar al Espíritu Santo no equivale á decir que los cristianos han ignorado hasta hoy la divinidad de esta Persona, lo cual es inexacto?"—Tan lejos estamos de que cualquiera sepa en qué sentido dijo San Pablo lo de *Ignoto Deo*, que hasta los mas eruditos lo ignoran. Puede verse en Cornelio Alápide *in hunc locum*; en las numerosas disertaciones escritas sobre este punto, sea en los *Annales de philosophie Chrétienne*, sea en la sabia obra de Marnachi, *Origenes et antiquitatis Christiane*, tom I. lib. XI—Tomándola en el sentido mas comunmente aceptado, la frase *Ignoto Deo* quiere decir, no que los paganos desconocieran completamente al verdadero Dios, sino que no tenían una idea justa de sus perfecciones, ni de sus obras; y sobre todo, que no le daban el culto que le era debido. Aplicadas al Espíritu Santo, como lo hemos hecho en el epígrafe de esta obra, las palabras *Ignoto Deo* no tienen nada de forzadas. En conformidad al pensamiento de San Pablo, quieren decir, no que los cristianos de nuestros días ignoren la divinidad del Espíritu Santo, sino que la mayor parte de ellos no tienen un conocimiento bien claro de sus obras, de sus frutos, de su acción sobre el mundo, y principalmente, que no le dan el culto de confianza y amor, á que tiene tantos derechos.

obstáculo á la perfeccion del cristiano, ¿qué será la ignorancia absoluta? ¿Qué vida divina puede haber en aquel que ni siquiera conoce el principio de la misma? Entre él y el mundo sobrenatural hay interpuesta una bóveda de plomo. Este mundo de la gracia, está verdadera, esta única sociedad de las almas, con sus elementos divinos, sus leyes maravillosas, sus gloriosos habitantes, sus deberes sagrados, sus magnificencias incomparables, sus realidades eternas, sus luchas, sus alegrías, sus medios y su fin; ese mundo para el cual el hombre ha sido hecho y en el que debe vivir, es para él como si no fuera. La noble ambicion que debia excitar en él, se cambia en indiferencia, la estima en menosprecio, el amor en hastío.

La vida, en lugar de ser toda sobrenatural, ó no lo es más que á medias, ó concentrada en el mundo sensible se convierte en terrestre y animal. El Naturalismo, usurpando el imperio de las almas, forma el carácter general de la sociedad: ¡Deplorable divorcio, que desviando el humano linaje de su fin, despoja al Espíritu Santo de su gloria y roba al Verbo encarnado el precio de su sangre para entregarlo al demonio!

IV.

El cuarto motivo es el *interés de la sociedad*. Decir que desde la predicacion del Evangelio no se ha visto jamás una insurreccion contra el Cristianismo, tan general y tan obstinado como hoy, es decir una cosa trivial de puro repetida, y desgraciadamente de puro verdadera. Mas afirmar esto, es confesar que jamás el mundo ha estado tan enfermo y por consiguiente tan amenazado de catástrofes inauditas; es declarar en último análisis, que jamás, desde hace diez y ocho siglos, Satanás ha reinado con igual imperio que ahora.

¿Quién salvará al mundo? ¿Los hombres? No. En lo temporal como en lo espiritual, no hay más que un Salvador, el Hombre-Dios, Jesucristo. El solo es el camino, la verdad y la vida, tres cosas sin las cuales toda salud es imposible. ¿Cómo el Hombre-Dios salvará al mundo, si el mundo se ha de salvar? Como lo salvó hace dos mil años; por el Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo es la oposicion adecuada, la negacion completa de Satanás, ó sea del Espíritu maligno (1).

Avancemos más. Si en ninguna época de los siglos evangélicos el reino de Satán ha sido tan general y tan aceptado como en nuestros días, la accion del Espíritu Santo deberá revestir caracteres de una extension y de una fuerza excepcionales. Los axiomas de Geometría no nos parecen más rigurosos que estas proposiciones. De esta necesidad que el mundo actual tiene de una nueva efusion del Espíritu Santo, existen yo no sé qué presentimientos, cuyo valor no se debe ciertamente exagerar, pero que pareceria temeridad no tomarlos en cuenta.

Aceptados por el conde de Maistre, manifestados por un gran número de hombres respetables por el doble título del saber y de la virtud, han descendido al mundo de la piedad, y forman la base de una expectacion bastante general.

1. El Espíritu Santo el amor. Satanás es el odio: Nuestro Señor ha salvado al mundo, encarnándose y muriendo por nosotros. Pero el misterio de la Encarnacion, dice Santo Tomás se atribuye al Espíritu Santo: y la muerte de Nuestro Señor es igualmente atribuida al Espíritu Santo, segun San Pablo: *qui per Spiritum Sanctum semeli psum obtulit*. Y tambien David, previendo la salud del mundo, decia: "Emittes Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terræ." En virtud, pues, del axioma: *Causa causa est causa causati*, es muy permitido decir, que Nuestro Señor ha salvado al mundo por el Espíritu Santo.